

UN SASTRECILLO VALIENTE

CUENTOS DE LOS HERMANOS GRIMM

40



UN SASTRECILLO VALIENTE

Cuento de los HERMANOS GRIMM



00074325

Versión española de JOSÉ MARÍA HUERTAS

Dibujos de BOCQUET

COLECCION MIS PRIMEROS CUENTOS



Urgel 245 — BARCELONA

Gorostiaga 1650 — Bs. AIRES



COLECCION
MIS PRIMEROS CUENTOS

PUBLICADOS

- 1—Blancanieves.
- 2—Alí Babá y los Cuarenta Ladrones.
- 3—La Cenicienta.
- 4—Barba Azul.
- 5—Pulgarcito.
- 6—Aladino o La Lámpara Maravillosa.
- 7—El Agua Milagrosa.
- 8—Los tres pelos del Diablo.
- 9—El Rey Cuervo.
- 10—Caperucita Roja.
- 11—La Vieja de los Gansos.
- 12—Floreccilla.
- 13—Un Sastrecillo Valiente.
- 14—La Casita del Bosque Encantado.
- 15—Cascanueces y los ratones.
- 16—Gulliver, en el país de Lilibut.
- 17—El Mago de Oz.
- 18—Historia del enanito Muck.
- 19—Pinocho.

EN PREPARACION

- 20—Robinson Crusoe.
- 21—Aventuras y desventuras de Don Quijote

PRECIO DE CADA TOMO \$ 1.50

Segunda edición: Septiembre de 1940
Primera edición: Noviembre de 1939

Es propiedad en lo referente a los derechos en español de la presente
versión e ilustraciones

Copyright, 1940 by EDITORIAL MOLINO

Impreso y editado en Buenos Aires (Argentina) - Printed in Argentine
TALLERES GRAFICOS DE EDITORIAL MOLINO — BUENOS AIRES



P

UES veréis que cierta mañana de verano comenzó esta historia extraordinaria.

Junto a la ventana, sentado en su banqueta, estaba un sastrecillo cose que te cose. Este sastre era un hombre muy avisado, como ya tendréis ocasión de comprobar.

Hacia rato que el sastrecillo cosía, cuando pasó una aldeana que iba gritando:

—¡Ay, qué confitura vendo! ¡Ay, qué confitura vendo!

El pregón llamó la atención de nuestro hombre. Precisamente—recordó—hacía mucho tiempo que no probaba la confitura...

Así que, dejó la prenda que preparaba y, asomándose a la ventana, llamó alegremente a la vendedora.

—¡Eh, buena mujer!... ¡La de la confitura!...—gritó.
—¡Ven aquí con tus cacharros!

La aldeana, que había dejado sus pesadas cestas en el suelo, para repetir el pregón, cargó de nuevo con ellas y retrocedió hasta la casa del sastrecillo. Luego, lentamente, subió con las cestas los tres tramos de escaleras que conducían hasta la vivienda de nuestro amigo.

Una vez allí resopló un poco, dejó las cestas en un banco que había próximo a la puerta y preguntó:

—¿Qué quieres, sastrecillo?

—Vendes confitura, ¿eh?

—¡Y muy rica!

—A ver: muéstramela—pidió el sastre.—Si me gusta, te compraré.

La aldeana se apresuró a descubrir sus cestas, sacando las ollas que llevaba en ambas.

Nuestro sastre fué tomando olla tras olla, que llevó a la ventana, examinando allí cada confitura con gran cuidado, para lo cual hasta metía la nariz en las ollas.

Finalmente, el hombre declaró:

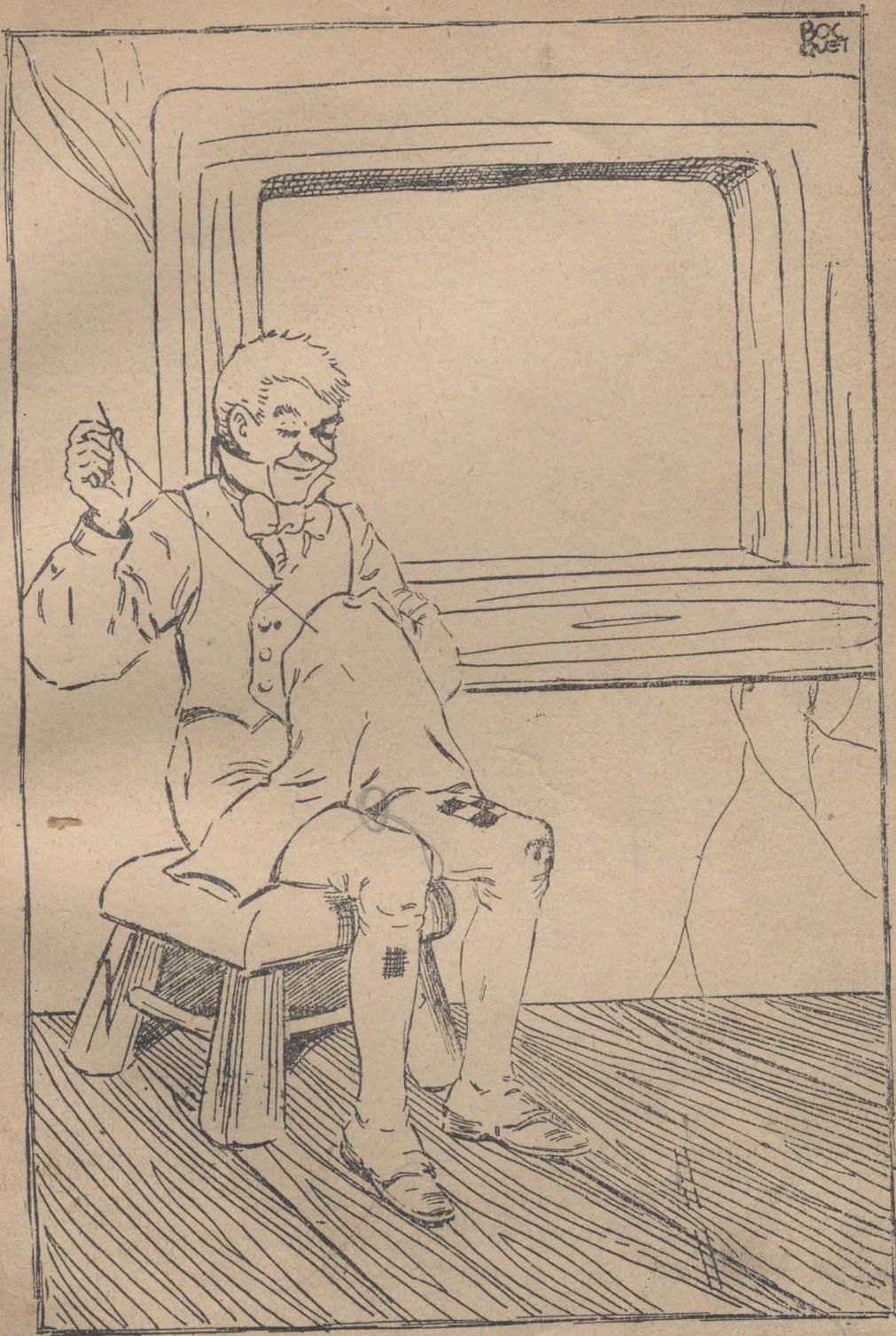
—Pues sí que parecen muy buenas las confituras que traes, aldeana.

—Entonces vas a comprar, ¿no?—preguntó la mujer, que creía haber encontrado un buen parroquiano.

—Claro, claro... Pues... pésame cuatro medias onzas, pero media onza de cada confitura, ¡Ah!... Y no te diré nada si al echar las medias onzas, te escurres hasta el cuarto de libra. Tú misma, tú misma...

La aldeana arrugó la nariz al oír la poca confitura que le compraba... ¡Ella que imaginara que iba a hacer tan buen negocio!...

Con malos modales pesó lo que pedía el sastre y lue-



JUNTO A LA VENTANA, SENTADO EN SU BANQUETA, ESTABA UN SASTRECILLO, COSE QUE TE COSE

go que hubo cobrado el escaso dinero que le entregaron, se alejó refunfuñando.

El sastrecillo se preocupó poquísimo del malhumor de la vendedora. Estaba encantado con el rico banquete que para él representaba la confitura que iba a comerse.

—¡Esto es soberbio!—se dijo el hombre.—Desde hoy no tengo que envidiar nada a los ricos más ricachos. Esto no lo come mejor el rey. Y esta confitura va a dar seguramente una gran fuerza y vigor a mi cuerpo. ¡Ea! Voy a comérmela en seguida.

Fué y tomó el pan de la alacena, cortándose una rebanada enorme, tan grande como su cabeza y lo menos dos dedos de gruesa. En seguida esparció sobre ella todas las confituras que había comprado.

Mientras lo hacía, relamióse de gusto. Agarró luego el pan con ambas manos, lo contempló codicioso y dijo:

—Me parece que va a estar riquísimo.

Pero al ir a hincarle el diente, sus ojos se posaron en la prenda que cosía, cuando oyera el pregón, y que yacía abandonada junto a la ventana.

—Ah, pero antes debo terminar ese chaleco—decidió el sastrecillo, que era muy trabajador.

Y con este propósito, dejó la rebanada encima de la mesa, poniéndose en seguida a coser

En tanto daba puntadas, el rico aroma de la confitura, que ya se había esparcido por toda la habitación, ascendió hasta el techo, donde estaban posadas gran número de moscas.

Tan delicioso olorcillo, incitó a bajar a los insectos, de manera que al poco rato la confitura que había esparcida sobre el pan, contenía un verdadero enjambre.

De pronto, el sastrecillo, que hasta entonces perma-



¡AY, QUÉ CONFITURA VENDO! ¡AY, QUÉ CONFITURA VENDO!

neciera aplicado a su labor, alzó la cabeza y vió a los importunos asaltantes de su almuerzo.

—¡Cómo!—chilló indignado.—¿Os queréis zampar lo que yo he comprado? ¡Fuera! ¡Largo!

Pero no logró espantar a las golosas moscas, que no le hicieron el menor caso.

Un segundo grito hizo volar algunas, pero sólo fué un momento, y aun aquellas pocas volvieron con otras muchas.

Esto exasperó a nuestro sastrecillo. Tomando, furioso, una tira de paño, sacudió a las moscas un golpe tal y con tanta fuerza que echó a rodar pan y confitura.

Mayor fué la ira del sastre al ver qué se quedaba sin comida, mas todo el enfado le desapareció al advertir que en la tira de paño aparecían muertas nada menos que siete moscas.

—¡Menudo héroe estoy hecho!—exclamó maravillado de su propia bravura.—Es menester que de esta hazaña se entere toda la ciudad.

Y olvidado del almuerzo y del chaleco que aun había de terminar de coser, cogió una tira de seda y rápidamente bordó en ella en grandes caracteres: SIETE DE UN GOLPE.

En tanto bordaba, se iba maravillando más y más de lo que había hecho, de manera que al terminar, prometióse:

—¿La ciudad solamente ha de conocer mi hazaña? No; el mundo entero se ha de enterar de ella.

Y se preparó para viajar por el mundo. El taller que hasta entonces llenara todas sus aspiraciones, resultaba ahora demasiado pequeño para sus proezas.



DECIDIDO a partir, el sastrecillo se colocó ante todo la banda, de manera que le cruzara el pecho y quedara bien visible el bordado que pregonaba su proeza. Luego se puso una especie de abrigo que lo cubría todo.

Arreglada su persona, nuestro hombre echó un vistazo en torno suyo y por el resto de su humilde morada, para ver si había algo digno de llevarse. Únicamente encontró un queso, que se guardó en la escarcela.

En seguida abandonó la casa y poco después la ciudad.

A poco de caminar por las afueras oyó a un lado del camino, unos chillidos que denotaban desesperación. Se aproximó y no tardó en ver que los profería un pajarillo que estaba enredado en un zarzal.

El aventurero se apresuró a librarle y luego, como el pajarillo resultara muy lindo, decidió llevárselo consigo: así tendría un compañero en sus peripecias.

Así que, con el queso, y el pajarillo, emprendió su viaje por el mundo nuestro joven amigo. Como ya os hemos dicho, el sastrecillo no tenía nada de perezoso, de manera que anduvo muchas horas.

Su caminata le llevó al pie de una montaña. El sastre creyó que desde la cima de ella podría ver los alrededores y determinar qué camino debía seguir en busca de aventuras. Por lo que decidió escalar la montaña.

Trepa que trepa, llegó al fin a la cumbre. Allí encontró sentado a un gigantón enorme.

El sastrecillo le saludó muy cortés. Estaba lleno de entusiasmo: ya comenzaban sus aventuras.

En cambio, el gigante miró muy despectivamente al recién llegado.

Nuestro amigo no se amilanó por eso. Al contrario, con la mayor audacia se encaminó hacia él, hablándole en este tono:

—Hola, compañero. Desde ese lugar donde estás sentado, podrás contemplar el mundo entero extendido a tus pies. ¿Verdad que sí?

Al hablar de este modo, el sastre tenía que alzar mucho la cabeza para verle el rostro al gigante, pues aunque, como hemos dicho, éste se hallaba sentado, aun quedaba su cabeza muy alta.

El coloso, viendo que el otro aguardaba su respuesta, condescendió en dejar escapar un gruñido, que podía tomarse por una afirmación.

—Yo me he lanzado al mundo para probar fortuna. ¿Te interesaría venir conmigo?—dijo el sastre.

El gigante quedó tan sorprendido ante semejante propuesta, que se olvidó de su orgullo y dejó oír su vozarrón, que era imponente.

—¿Cómo?—preguntó.

—Que si quieres venir conmigo a probar fortuna.

Tras envolver al sastrecillo en una gran mirada de desprecio, el gigantón contestó:

—¿Contigo, miserable vagabundo? ¿Contigo, cañamón insignificante?

—Tal vez te lo parezca ahora—admitió el sastre.—Pero quizás si lees esto variarás de opinión.

Y desabrochándose el abrigo, mostró al gigante la banda que cruzaba su pecho.

El coloso leyó el bordado que decía: SIETE DE UN GOLPE, y pensando que eran hombres los que el sastre



EN SEGUIDA ESPARCÍÓ SOBRE ELLA TODA LA CONFITURA

había matado, experimentó algo de respeto por él.

—¡Hum!—gruñó con cierta admiración.

Pero como no se sentía convencido del todo, quiso probar si era cierto lo que daba a entender el bordado, por lo que, tomando una piedra que estaba a su alcance, la apretó entre su mano hasta hacerla sudar agua.

—Haz otro tanto—dijo a nuestro amigo—y creeré que tienes alguna fuerza.

—¡Bah! ¿Sólo se trata de éso?—exclamó despreciativo el sastrecillo.—Eso será como un juego para mí.

Y metiéndose la mano en el bolsillo, la sacó con el queso, al que oprimió hasta exprimírle todo el suero que contenía, como todos los quesos. Luego, tiró al abismo el queso exprimido.

—Creo que esto es algo más de lo que tú has hecho,—dijo, con una sonrisa.

El gigante no supo qué contestar, pues no se había dado cuenta de qué cosa era la que tirara su interlocutor al abismo, precisamente para que no lo viese.

Pero como en su cabezota no le cabía, a pesar de todo, que aquel ser tan pequeño fuera capaz de un esfuerzo superior, al que apenas si le habían llegado sus enormes fuerzas, se puso en pie, cogió otra piedra y la lanzó tan alto que se perdió de vista, aunque luego, como es natural, volvió a caer.

—¡Haz otro tanto si te atreves, mequetrefe!—desafió al sastrecillo.

—Desde luego, lo que has hecho es muy notable—reconoció en tono magnánimo el desafiado;—pero ya ves que tu piedra está volviendo a caer.

—¡Pues claro!—exclamó el gigante que se había hinchado como un pavo al oír los elogios del sastrecillo.—¿Quién es capaz de hacer otra cosa?



SE COLOCÓ LA BANDA DE MANERA QUE LE CRUZARA EL PECHO

—Yo. Lanzaré mi piedra tan alta, que ya se quedará allá arriba.

Echó mano al pajarillo que llevaba oculto bajo la camisa y lo lanzó al aire. El ave, que era una alondra y estaba ansiosa de libertad, se elevó como una flecha, desapareciendo en lo alto y no volvió a aparecer.

—¿Qué opinas?—preguntó el sastre, alzando la cabeza y contemplando a su pasmado interlocutor.

—En verdad, que tiras muy bien,—reconoció el coloso.



VEAMOS ahora—dijo poco después el gigante,—si eres capaz de llevar algo un poco pesado.

Y tras decir esto, descendió por la vertiente opuesta a la que escalara el sastrecillo. Una vez al pie de la montaña, condujo a nuestro amigo hasta un enorme roble que aparecía tendido en tierra.

—¿Te sientes capaz de ayudarme a sacar este arbolito del bosque? Si eres tan fuerte, como pretendes, no tendrás inconveniente.

—¡Ya lo creo que te ayudo!—dijo el sastre.—Y al momento. Carga tú con el tronco, que yo llevaré las ramas que, como sabes, es lo más pesado.

Convencido de este modo, el gigante se echó el tronco a la espalda. Pero el sastrecillo, en lugar de cargarse la parte de las ramas como dijera al otro, lo que hizo fué colocarse encima. Como el gigante no podía volver la cabeza, no se enteró de que llevaba a cuestas todo el árbol... y además al sastre.



—HOLA, COMPAÑERO. DESDE ESTE LUGAR DONDE ESTÁS SENTADO,
PODRÁS CONTEMPLAR EL MUNDO ENTERO

Éste, muy cómodamente sentado, iba riéndose de vez en cuando de la estratagema que hacía al gigante. Encima, al poco rato, se puso a silbar una canción: quería dar a entender a su compañero que aquello de llevar árboles resultaba para él un juego de chiquillos.

Por fin, el gigante, que hacía rato se tambaleaba bajo su pesada carga, no pudo seguir más y hubo de gritar:

—¡Apártate un poco que voy a soltar el árbol!

El sastrecillo se apresuró a deslizarse al suelo y ya en él, gritó a su vez:

—¿Para qué quieres que me aparte? Suelta la carga si no puedes seguir.

Eso hizo el gigante y al momento el sastrecillo abarcó el tronco con ambos brazos, como si lo hubiera estado llevando todo el camino.

De manera que cuando el gigante, sudoroso y rendido se volvió, le encontró en tal actitud, lo que aun aumentó su asombro.

Y encima, aquel mequetrefe le dijo con sorna:

—¡Tan fuerte como creías ser y no puedes con esta escoba!

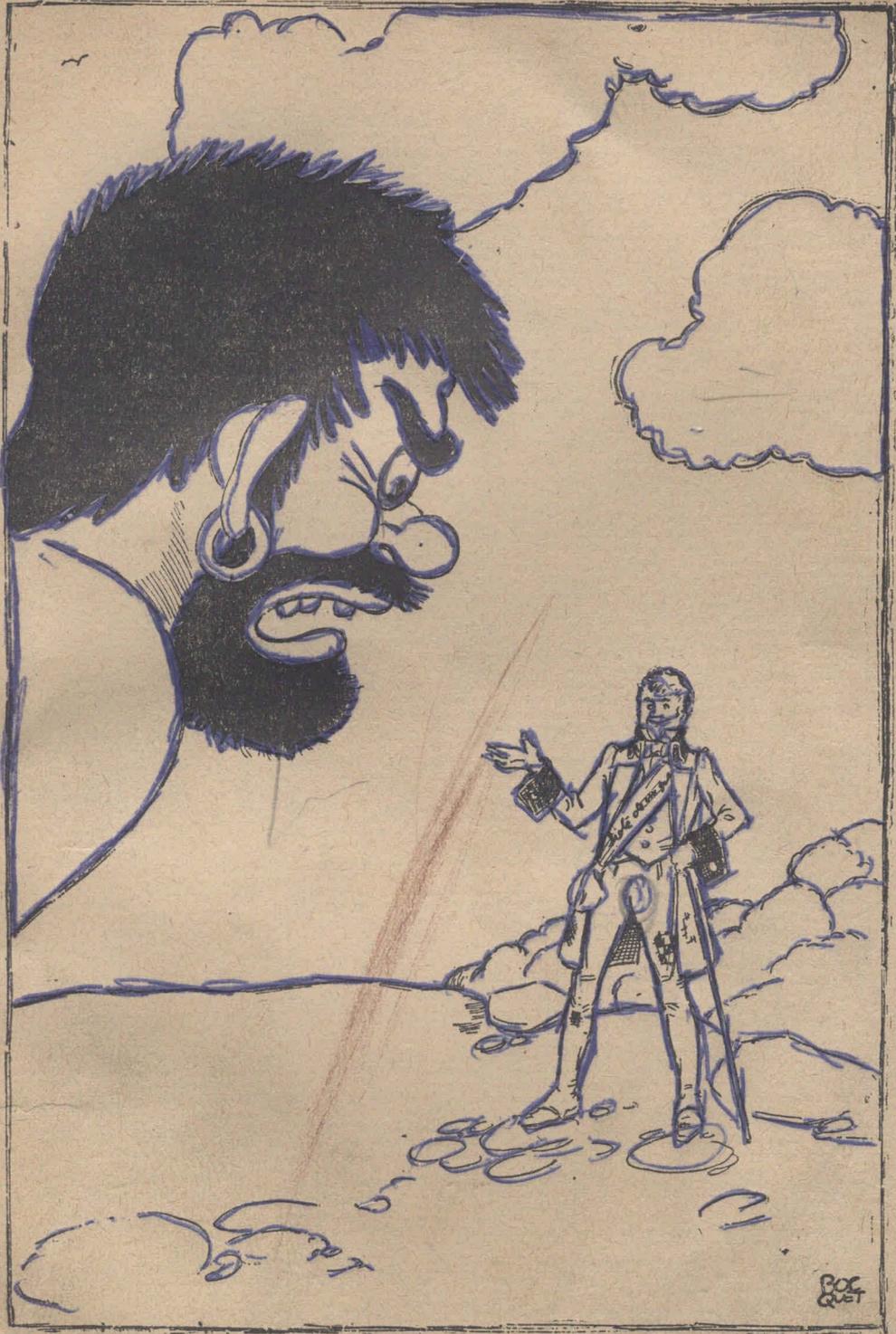
Muy enfurruñado, el coloso no contestó.

Continuaron caminando juntos y así llegaron a un lugar donde se alzaba un cerezo cargado de ricos frutos.

El gigante, que era muy goloso, agarró el árbol por la copa, de manera que quedaran a su alcance las cerezas más maduras.

—¡Eh, tú!—dijo entonces al sastre.—Sujeta el árbol, que yo cogeré las cerezas y luego las comeremos juntos.

El sastrecillo no podía negarse a ello, sin despertar las sospechas del coloso y hacerle saber que se había es-



—¿QUÉ TE HA PARECIDO?—PREGUNTÓ EL SASTRE

tado burlando de él. Por lo tanto, agarró la copa como le decía.

Mas nuestro amigo era demasiado débil para retener la copa del árbol. Y en cuanto el gigante la soltó, se enderezó el tronco, llevando por los aires al sastrecillo.

Por fortuna, cayó por el otro lado sin haber sufrido daño alguno, aunque muy sobresaltado. Sin embargo, cuando se volvió hacia el sorprendido gigante, mostróse tan tranquilo como siempre.

Ya hemos visto que el coloso aquel era tonto. Pero empezó a sospechar algo

—¿Qué significa esto?—gruñó, desconfiado.—¿Es que no tienes fuerzas suficientes para sujetar esa ramita?

—¿Qué dices?—exclamó como escandalizado el sastrecillo.

—Como has saltado por el aire...—dijo el otro ya dudoso de sí mismo.

—Porque he querido, mas no porque me fallaran las fuerzas. ¿Crees que hay algo difícil para el que ha matado siete de un golpe?

—Entonces... ¿Por qué has saltado?

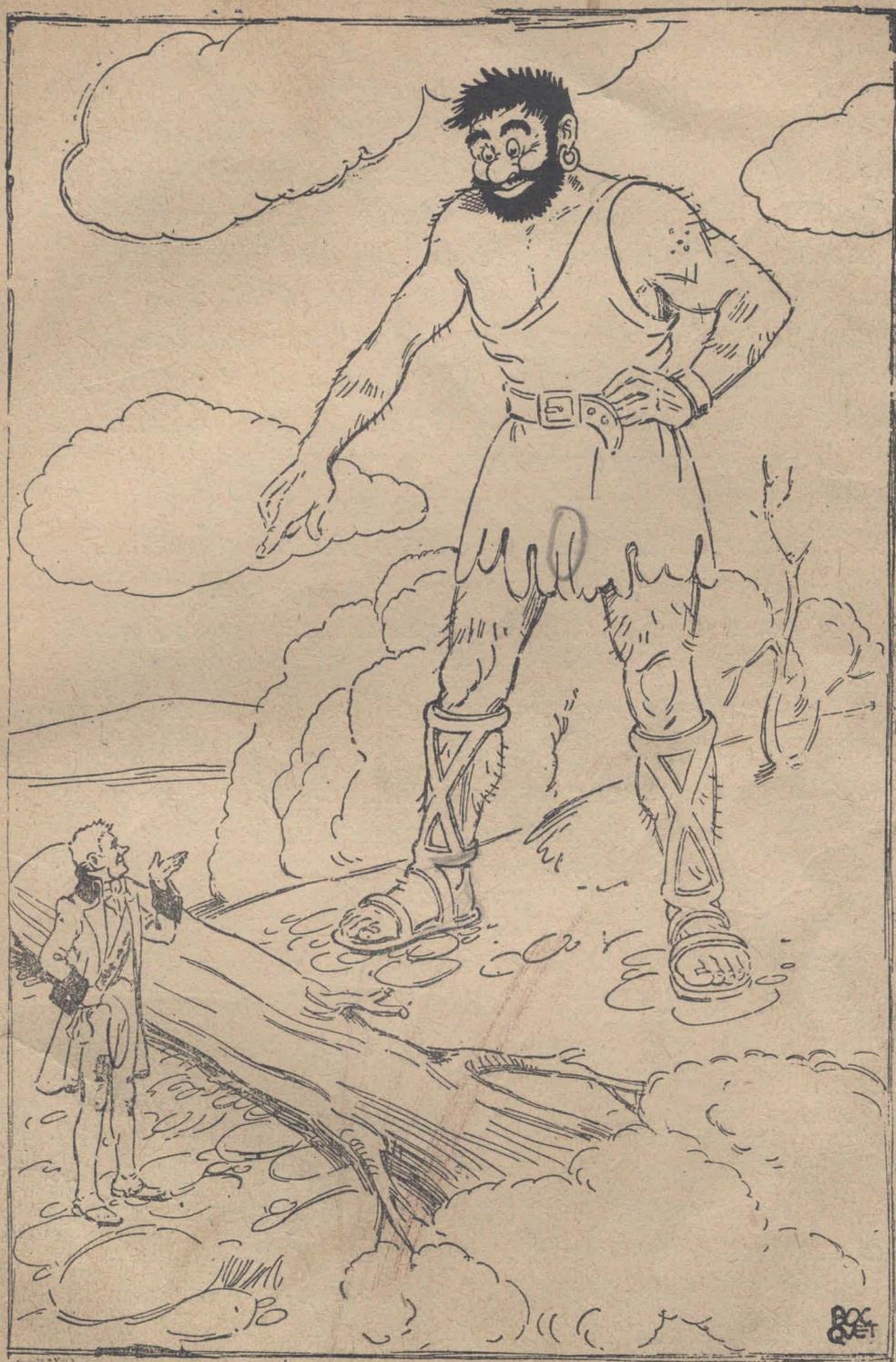
—Sencillamente, salté por encima del árbol porque allá lejos vi que unos cazadores apuntaban hacia aquí.

—¡Ah!—dijo el gigante.

—Trata de desconfiar menos—terminó el sastrecillo,—y mira si es que puedes saltar tú como lo he hecho yo.

El gigante lo intentó y, claro, no pudo hacerlo. Lejos de esto, al tratar de franquear el árbol, lo que pasó fué que quedóse enredado entre las ramas. Y con esto quedó convencido de que el sastrecillo valía mucho más que él.

—Veo que eres muy fuerte—reconoció el gigante, a pesar suyo.—¿Por qué no te vienes conmigo a casa y pasas la noche con nosotros?—añadió melosamente.



—TE SIENTES CAPAZ DE AYUDARME A SACAR ESTE ARBOLITO
DEL BOSQUE

—No me parece mal—repuso el sastrecillo.

Y siguieron caminando.

Finalmente, llegaron a una enorme cueva en la que se hallaban otros dos gigantes que eran hermanos del que ya conocemos. Estaban sentados junto a una gran fogata, en la que se asaba un cordero. Cada uno de ellos además, tenía otro en la mano, al que le estaban hincando el diente.

—Ya era hora que llegases—gruñó con la boca llena, el más barbado de los dos, dirigiéndose al compañero del sastrecillo.—Tu asado casi está convertido en carbón.

Al oír esto, el recién llegado corrió a la hoguera y se paró de ella el cordero. Luego, de un tajo de su enorme cuchillo, cortó una pierna, que tendió al sastrecillo.

—Toma—le dijo,—confórmate hoy con eso.

Al sastre le pareció enorme su ración y sobre todo exquisita.

—Esto sí que se parece más al mundo que mi taller—murmuró para sí.

Luego de cenar y tras una conversación que los gigantes sostuvieron en un rincón de la cueva, le preguntaron al sastrecillo si quería dormir.

—¡Ya lo creo! Me caigo de sueño—declaró éste.

Entonces le enseñaron una cama donde podía acostarse y dormir. Nuestro amigo se tendió en ella al momento, pues, realmente, se sentía rendido. Lo único que, como la cama era para gigantes y, por lo tanto, demasiado grande para él, se quedó acurrucado en un rincón.

Poco después todos parecían dormir.

A medianoche, el gigante, que había acompañado al sastrecillo hasta allí, se levantó. Sentía una gran envidia por aquel ser pequeño, que le vencía en cuantas pruebas intentaban.



ESTE, CÓMODAMENTE SENTADO, IBA RIÉNDOSE DE SU ESTRATAGEMMA

Se había puesto de acuerdo con sus hermanos y armado de una gran barra de hierro se aproximó a la cama donde se hallaba el sastre.

Creyéndole profundamente dormido, descargó sobre la cama un golpe tal que habría pulverizado a una peña.

Luego se fué a dormir muy satisfecho, convencido de que había matado a su rival.

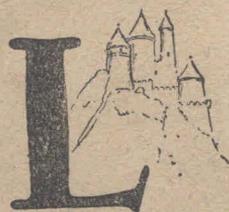
Apuntó la aurora y los gigantes se levantaron con ella. Se disponían a ir al bosque, sin acordarse del sastrecillo, cuando éste se les presentó, alegre como unas pascuas.

—¡Hola!—saludó.—¿Qué tal?

Los gigantes al verle se quedaron de una pieza y al oírle experimentaron un pánico loco.

¿Qué hombre era aquél, capaz de hacerlo todo mejor que nadie y a quien no hacía mella un terrible golpe dado con una barra de hierro?

Se sintieron, pues, presa del mayor espanto y, sin poderse contener, temerosos de que el sastrecillo los matara a todos, echaron a correr hasta que se perdieron de vista.



LUEGO que se hubo repuesto de su sorpresa ante la huída de los gigantes, nuestro sastrecillo decidió continuar su viaje por el mundo.

Anduvo y anduvo durante muchos días. Cierta mañana, cerca ya del mediodía, llegó hasta un palacio, que lo era de los reyes del país. Como estaba muy fatigado



—YA ERA HORA DE QUE LLEGASES—GRUÑÓ CON LA BOCA LLENA
EL MÁS BARBUDO DE LOS DOS

*Come Come
tu
make*

gran pagero

y allí había, junto al muro, un lugar sombreado, el sastrecillo se tumbó en el suelo y no tardó en quedarse dormido.

Al tenderse, quedóle abierto el abrigo y a la vista sobre su pecho, la banda con la divisa que ya conocemos de: SIETE DE UN GOLPE.

Primero fué un curioso el que se detuvo a contemplar al que era capaz de tal proeza, luego otros desocupados y, al final, se reunió un grupo bastante numeroso que examinaba al durmiente por todos lados.

—¡Hum, hum!—comentó un criado del rey, que también se hallaba presente.—¿Qué hace aquí, en tiempos de paz este gran guerrero?

—Debe ser algún héroe prodigioso—indicó otro curioso gordinflón.

Lo cierto es que el criado se lo fué a contar al Gran Chambelán. Y éste se lo dijo al rey, agregando que un ser así podría ser de gran necesidad si alguna vez el país estaba en guerra.

Al rey le pareció bien el consejo y quiso conocer al valiente que descansaba junto a los muros de su palacio.

A este fin mandó nada menos que a uno de sus consejeros. Éste debía preguntar por sus hazañas al desconocido, en cuanto despertase.

El consejero obedeció el real mandato. Se colocó junto al durmiente y esperó a que estirase las piernas y abriera los ojos, lo que no pasó hasta una hora después.

Entonces le hizo saber los deseos del rey.

Nuestro sastrecillo contó a su manera los hechos que le habían ido sucediendo, desde que matara SIETE DE UN GOLPE. Claro que no dijo qué eran los siete caídos, pero, en cambio, sí contó que ante él habían huído hacía

unos días, nada menos que tres gigantes. Y esto sí sabemos que era verdad.

El mensajero real quedó maravillado ante tales hazañas. Y de acuerdo con los deseos del soberano, preguntó al sastrecillo si quería pasar a su servicio.

—Precisamente eso es lo que me ha traído aquí—contestó el sastre.—Estoy completamente dispuesto a entrar al servicio del rey.

Ante su respuesta, le condujeron a presencia del soberano, que le recibió con muestras de consideración. Ordenó que se le hicieran grandes honores y dispuso le alojasen en una de las más lujosas casas de la capital.

Esto despertó muchas envidias entre los cortesanos. Odiaban al que creían gran guerrero y suspiraban por verle a mil leguas de distancia.

Por su parte, los guerreros del país tampoco querían mucho al famoso héroe:

—¿Qué sucederá si entramos con él en combate?—decían.—Matará siete de cada golpe y no nos dejará nada que hacer.

Y con el correr de los días su despecho fué en aumento, hasta que una mañana se presentaron ante el monarca y le hicieron saber que habían tomado la decisión de dejar su servicio e ir a ofrecer sus espadas a otro rey.

—Pero, ¿por qué?—preguntó el soberano, asustado.

—Porque no estamos dispuestos a ir a la guerra en compañía de un hombre que mata a siete de un golpe.

El rey lamentó entonces haber conocido a tan famoso guerrero que le ponía en trance de perder a todos sus capitanes.

—No me abandonéis—les pidió,—pues os prometo que aprovecharé la primera ocasión para deshacerme de él.

Lo que no dijo a los guerreros fué que no se atrevía

a despedir al sastrecillo con malos modos por temor a que le matase a todos sus súbditos y se colocara a sí mismo en el trono.

El soberano estuvo reflexionando algunos días y al fin creyó haber dado con el medio que buscaba para librarse del inoportuno.

Un día, le envió un mensajero para que acudiese a palacio. Cuando le tuvo en su presencia, se expresó así:

—Puesto que eres un gran héroe quiero pedirte un favor.

—Decid, Majestad.

—Has de saber—comenzó el rey,—que en cierto bosque de mi reino, viven dos monstruosos gigantes que son lo peor que te puedas imaginar. Son asesinos, incendiarios y ladrones. Fíjate cómo serán que nadie osa aproximarse hasta ellos, pues, temen por sus vidas. Si tú logras vencer y matar a esos gigantes, te concederé la mano de mi única hija que llevará por dote la mitad de mi reino. Como la empresa es muy arriesgada, haré que te acompañen cien de mis mejores caballeros para que te ayuden en el caso de que los necesites.

El sastrecillo pensó que no era mal negocio para un hombre como él lo que el rey le ofrecía: una bella princesa y la mitad de un reino no suelen ser cosas que se ofrezcan todos los días.

Así que contestó decidido:

—Acepto. Y os prometo que pronto meteré en cintura a los gigantes esos que tanto os preocupan. Y en cuanto a los cien caballeros sabed que no los necesito para nada; comprenderéis que el hombre que mata a siete de un golpe no tiene por qué temer a dos miserables gigantes.

El rey, sin embargo, insistió en que llevara tan numerosa escolta, y nuestro amigo acabó aceptando.



LOS GIGANTES, AL VERLE, SE QUEDARON DE UNA PIEZA Y AL OIRLE
EXPERIMENTARON UN PANICO LOCO

21



la mañana siguiente el sastrecillo se puso en camino seguido por los cien caballeros. El aspecto de toda aquella comitiva era magnífico.

Al llegar al lindero del bosque, como nuestro héroe no podía tener testigos en las artimañas que pensaba llevar a cabo, dijo a los caballeros que le seguían:

—Señores, es mi deseo que permanezcáis aquí. Yo solo penetraré en el bosque.

Los caballeros del rey protestaron. Ellos también querían tomar parte en la lucha.

—La empresa es muy arriesgada—dijo uno de aquellos capitanes,—y todos seremos pocos para vencer a esos monstruos.

—Soy el jefe—recordó el sastrecillo—y deseo entendermelas yo solo con esos infelices.

Y después de decir esto, desmontó, y entregando las riendas de su corcel al caballero más próximo, se internó en el bosque.

En cuanto perdió de vista a sus compañeros, abandonó la actitud arrogante que hasta entonces mostrara para impresionar a los caballeros y comenzó a andar furtivamente, mirando a derecha e izquierda en busca de los dos feroces gigantes.

Al cabo de un rato, los descubrió en un claro del bosque. Estaban tumbados bajo un árbol, completamente dormidos. Roncaban tan ruidosamente que recordaban el trueno, y era tal la fuerza de sus ronquidos, que las



¿QUÉ HACE AQUÍ EN TIEMPO DE PAZ ESTE GRAN GUERRERO?

ramas que tenían encima agitábanse violentamente, cual si fueran movidas por violento vendaval.

Nuestro sastre, mientras observaba los colosos, se puso a cavilar qué medios emplearía para vencerles. Pronto brilló en su fértil mente la idea que le iba a permitir lograr su propósito.

Ante todo, el sastrecillo llenóse los bolsillos de piedras; luego se encaramó al mismo árbol bajo el cual dormían los gigantes. Ya en la copa gateó por una rama hasta colocarse sobre los durmientes.

Entonces dejó caer una piedra tras otra sobre el pecho de uno de los gigantes. Durante un rato el que recibía la pedrea continuó insensible; finalmente llegó a abrir los ojos y dió un codazo a su compañero, que también se despertó.

—No me golpees más el pecho, ¿sabes?—gruñó el primero.

—Tú estás soñando—replicó el otro;—yo no te he pegado.

—Bueno, ya lo sabes.

Y muy malhumorados, se pusieron nuevamente a dormir. Pero apenas si habían cerrado los ojos, que el sastrecillo, ya dejó caer otra piedra sobre el segundo gigante.

Éste se sentó de un brinco.

—¡Eh, tú!—exclamó.—¿A qué se debe esta patada?

El otro gigante abrió el ojo para responder:

—No seas idiota; decías que yo soñaba y el que sueña eres tú. No te he tocado.

Comenzaron a discutir en tono cada vez más agrio, pero como estaban muy cansados de las atrocidades cometidas durante la mañana, acabaron por echarse a dormir, dándose mutuamente la espalda.



ESUNRITO

EL SOBERANO ESTUVO REFLEXIONANDO UNOS DÍAS

El sastrecillo dejó que esta vez se adormecieran un poco; entonces comenzó nuevamente su juego. Cogió la más grande de las piedras que tenía y la arrojó con todas sus fuerzas sobre el pecho del gigante que le pareció de peor genio.

Al recibir el golpe, que fué terrible, incluso para un gigante, el agredido dió un bote y exclamó:

—¡Esto sí que ya no lo aguanto!

Y se arrojó como un loco sobre su compañero.

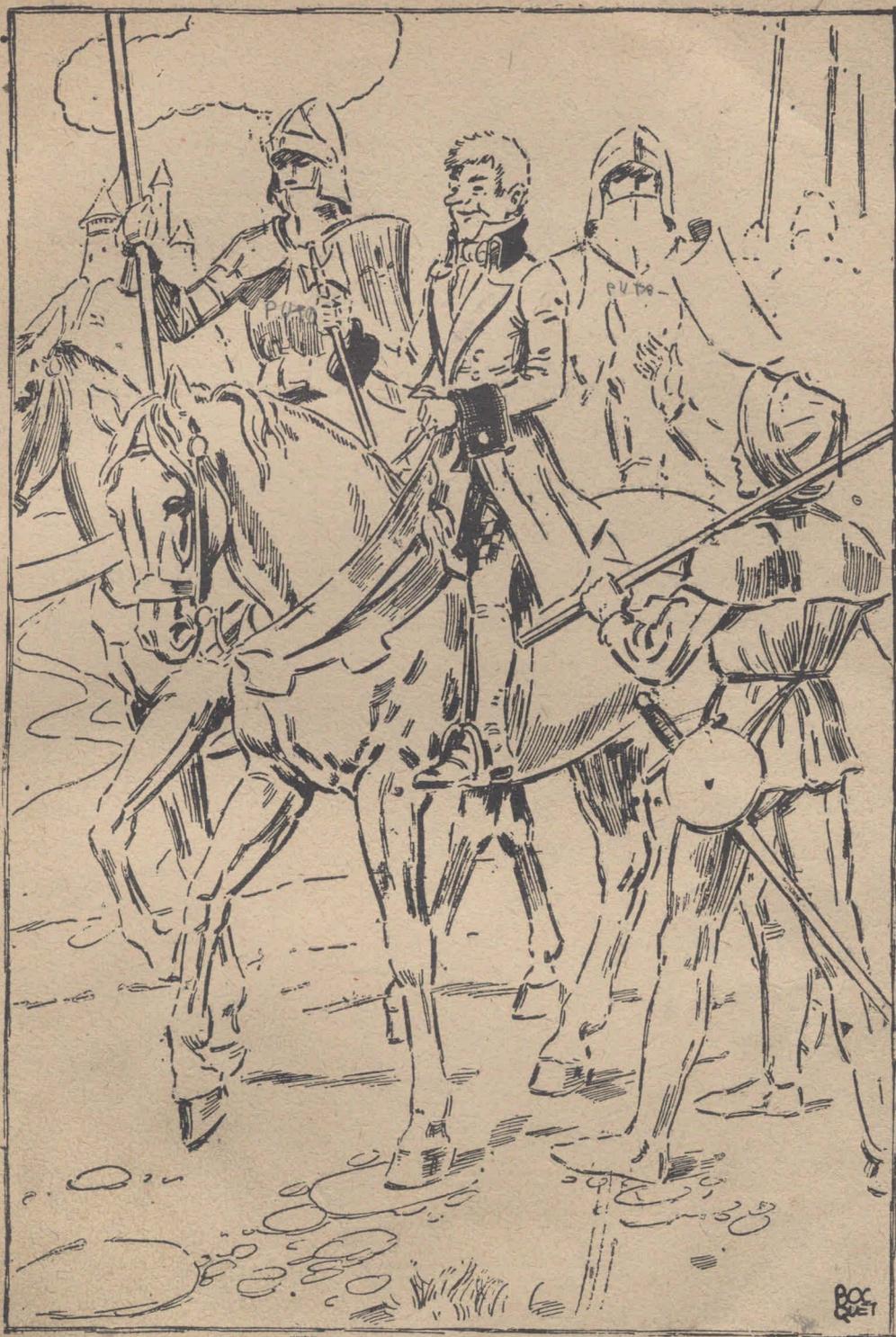
Éste que, naturalmente, no sabía el motivo de la agresión, pero que también se sentía ofendido por los golpes que creía haber recibido del que le atacaba, contestó al ataque con terribles puñadas. Al momento se habían enzarzado con tal saña, que pronto no les bastaron las manos para hacerse daño, sino que recurrieron a unos árboles cercanos que arrancaron de cuajo, con los que se dieron tales golpes que acabaron por resultar muertos a consecuencia de ellos. Primero cayó uno, pero el otro no pudo envanecerse de su victoria: al momento se desplomaba también muerto.

Cuando el sastrecillo se convenció de que, efectivamente, ambos monstruos habían dejado de existir, bajó del árbol.

Se sentía muy contento: pensaba que había sido una suerte que a ninguno de los gigantes le hubiera dado por arrancar el árbol en que él se hallaba.

Con la espada desenvainada se aproximó a los caídos enemigos e infirió una profunda herida en el pecho de cada uno de ellos. Esto lo hizo tanto para comprobar que realmente habían muerto, como para justificar su intervención.

Acto seguido se encaminó hacia donde acampaban los caballeros del rey.



EL ASPECTO DE AQUELLA COMITIVA ERA MAGNÍFICO

Al verle aparecer, los más próximos se le acercaron presurosos.

—¿Qué?—dijo uno.

—¿Y los gigantes?—preguntó otro.

—¿Les habéis matado?—interrogó un tercero.

El sastrecillo dejó por un momento que la curiosidad dominara a los impacientes caballeros; por fin contestó en tono despectivo:

—Si, el trabajillo ya está hecho. Allí yacen los dos con sus heridas mortales.

—¿Es posible?—exclamó uno de los capitanes.

—¿No os lo digo? Sin embargo, he de reconocer que no ha sido tan fácil como yo creía, pues en su apuro, los malandrines arrancaron unos árboles para defenderse...

—¿Y qué?...

—Nada: que todo fué inútil, — respondió el sastre.— Aunque ya podíais suponerlo de un hombre como yo que mató siete de un golpe.

—¿Y no estáis herido?

—¿Quién? ¿Yo? ¡Ni siquiera me han tocado un pelo de la cabeza!—replicó nuestro héroe.

Como es natural, los caballeros del rey se resistieron a creerle.

Mas luego que hubieron penetrado en el bosque y hallaron a los dos gigantes muertos, con las heridas en el pecho y los árboles arrancados de cuajo, hubieron de creer lo que les parecía imposible.

Y muy mustios acompañaron al triunfador hasta el palacio del rey.



ENTONCES DEJÓ CAER UNA PIEDRA



UN heraldo, destacado por la comitiva, hizo saber al soberano y a la corte el nuevo triunfo del paladín. Como supondréis, la noticia del triunfo obtenido por el sastrecillo estuvo muy lejos de complacer al soberano del país.

Así pues, cuando nuestro héroe apareció en el salón del trono luego de ser aclamado por la multitud estacionada ante el palacio, y que se había enterado de la hazaña, el rostro del rey aparecía muy enfurruñado.

Como es natural, el sastrecillo pidió la prometida recompensa. Pero el soberano, que se había arrepentido de lo que ahora le parecía una promesa hecha muy a la ligera, declaró que aun no había merecido la mano de la princesa.

—¿Cómo?—exclamó el sastrecillo.—¿Acaso no he cumplido lo que me habéis pedido?

—Es muy cierto—reconoció el rey.—Pero se trata de la mano de mi hija y como tú no eres noble, para merecerla es preciso que hagas otros méritos.

El sastrecillo, aun cuando se sintió un tanto molesto, porque adivinó algo de mala fe en el proceder del rey, se conformó.

—¿Qué otro mérito me exigís?—preguntó.

—Entonces, ¿es que aun ambicionas la mano de mi hija y la mitad de mi reino?—inquirió el rey.

—Por supuesto. ¿Qué queréis que haga?



UN HERALDO DESTACADO POR LA COMITIVA

—En ese caso, debes llevar a cabo otra hazaña heroica. Has de saber que en otro bosque de mis reinos habita un unicornio salvaje que desde hace años viene causando muchos estragos por los alrededores. Al igual que con los gigantes, no hay nadie en el reino que se atreva a vencerlo. Tú que eres tan bravo, lo intentarás, ¿verdad?

—Pero, ¿sólo se trata de eso?—exclamó nuestro sastrecillo.—¡Creía que era otra cosa!

—Es que debes cazarlo—advirtió el rey, maravillado del desprecio de que daba pruebas el joven.

—¿Y qué?—replicó éste.—Menos temeré a los unicornios que he temido a los gigantes. ¡SIETE DE UN GOLPE, ésa es mi divisa! Mañana por la mañana saldré para ese bosque donde se encuentra el unicornio.

—Haré que te acompañen los cien caballeros—declaró el monarca, un tanto arrepentido de enviar al joven a tan terrible aventura.

—Como queráis—repuso el sastrecillo,—ya habéis visto que no necesito su ayuda.

Esta vez el sastre se proveyó de una cuerda y de un hacha para llevar a feliz término la aventura. Buena parte de la noche se la pasó cavilando en lugar de dormir. Y cuando se entregó al sueño ya tenía pensado cómo vencer a la feroz bestia.

Apuntaba el día, cuando nuestro amigo, seguido de los caballeros del rey abandonaba la ciudad. Como la vez anterior, al llegar al bosque habitado por el unicornio, el sastrecillo ordenó a los caballeros que le aguardasen por allí cerca. Y él se metió en el bosque.

No tuvo necesidad de andar buscando mucho rato. A los pocos minutos se presentó el unicornio presa del



ESTA VEZ EL SASTRE SE PROVEYÓ DE UNA CUERDA Y DE UN HACHA

5.320

1940

mayor furor y con evidentes intenciones de traspasarle con su cuerno de parte a parte.

—¡Hola!—le saludó el sastrecillo.—De manera que tales son tus propósitos, ¿eh? Pues lo que pretendes no va a ser tan fácil.

Como si quisiera probarlo, el animal embistió como una tromba. Nuestro amigo le dejó acercarse hasta que estuvo a cosa de dos pasos. Entonces dió un brinco y buscó abrigo en un árbol que tenía justamente detrás suyo.

El unicornio que, como hemos dicho, se había lanzado al ataque con todas sus fuerzas, no pudo detenerse a tiempo y fué a chocar violentamente contra el tronco, de manera que se le quedó el cuerno clavado en él tan hondo que ya no pudo retirarlo, con lo que quedó sujeto e impotente.

—¡Caíste en la trampa, amiguito!—exclamó el sastrecillo.

En seguida salió de detrás del árbol en que se refugiara, y con la ayuda de la cuerda sujetó al unicornio al tronco atándole por el cuello. Luego, le cortó el cuerno con ayuda del hacha, y a poco salió del bosque, apareciendo ante los asombrados caballeros con el unicornio que le seguía manso como un corderillo.

¡Imaginaos cuánto fué el pasmo del rey esta vez!

Pero el monarca ya sabemos que no quería cumplir la palabra dada y consentir que su hija se casara con el héroe.

Para ver si se libraba del compromiso, exigió a nuestro sastrecillo que antes de la boda era menester cazase un jabalí que andaba haciendo mucho daño por aquellos contornos.



SE HABÍA LANZADO AL ATAQUE CON TODAS SUS FUERZAS

El sastrecillo no se apuró esta vez. Tras vencer unos gigantes y un unicornio era evidente que no podía asustarle gran cosa la caza de un jabalí por muy fiero que resultase.

Así que dijo al rey:

—No tengo inconveniente en hacer lo que me pides. Pero que sea la última prueba. ¡Ah! Y ya puedes decir a tus cien caballeros que me acompañen.

Al otro día salieron los expedicionarios. Como siempre, el sastrecillo ordenó a los demás cazadores que le aguardaran en el lindero del bosque, en tanto él iba al encuentro de la fiera.

Los caballeros no se mostraron reacios en obedecerle, pues el jabalí les había cazado a ellos tantas veces, que no sentían el menor deseo de ponerse de nuevo a su alcance.

Nuestro héroe en cambio, anduvo valientemente por el bosque hasta que dió con el jabalí. Tan pronto la fiera descubrió al sastre, se lanzó hacia él con los colmillos desnudos y el evidente propósito de derribarle.

Sin perder la serenidad, nuestro héroe corrió a su vez hasta una capilla abandonada que había por allí cerca y saltó de nuevo al bosque por una ventana que había en la pared opuesta.

El enfurecido jabalí entró en la capilla en pos de su presa, pero entonces el sastre, dando la vuelta, cerró la la puerta por donde había penetrado la fiera, y allí quedó encerrada la enfurecida bestia, la cual por su falta de agilidad era incapaz de saltar también por la ventana.

Entonces el sastre llamó a los cazadores y con ellos



TAN PRONTO LA FIERA DESCUBRIÓ AL SASTRE, SE LANZÓ SOBRE ÉL...

mató al encerrado jabalí y lo hizo transportar al palacio real.

Y esta vez no le quedó otro recurso al despechado monarca que entregar su hija al héroe, además de la mitad de su reino. Ni se atrevió a buscar un nuevo pretexto, porque le exigían el cumplimiento de su promesa hasta muchos de los cien caballeros que acompañaran al sastrecillo en sus tres aventuras y que, a pesar suyo, habían sido conquistados por su valor.

Conque la boda se celebró con gran pompa y el sastrecillo quedó convertido en rey.



ESPUÉS de algún tiempo, la joven reina despertóse cierta noche y oyó que su marido decía, hablando en sueños:

—¡Eh, muchacho! A ver si me haces ese chaleco y remienda esas calzas. De lo contrario te calentaré las orejas con la vara de medir.

La reina se dió cuenta de qué condición tan humilde era su señor. ¡Cómo padeció su orgullo al saber que su marido era un simple sastre y no un guerrero!

A la mañana siguiente acudió a quejarse a su padre. Le contó lo que había oído y terminó pidiendo a su padre la librase de un marido que no era más que un sastre.

El viejo rey la consoló, asegurando que no dejaría tal



EL REY LA CONSOLÓ, ASEGURANDO QUE NO DEJARÍA TAL OFENSA
SIN CASTIGO

ofensa sin castigo. Al despedirla, le indicô:

—Esta noche procura que quede abierta la puerta de vuestro cuarto. Hombres de mi confianza aguardarán fuera y en cuanto tu esposo se haya dormido, entrarán en el real aposento, le atarán y luego será conducido a un barco que ya mandaré esté dispuesto y que le trasladará a la otra parte del mundo.

Su hija se conformó con estos planes; pero ocurrió que tras una cortina lo había estado escuchando todo el escudero que el sastre, como rey que era ahora, tenía a su servicio y éste, al regresar a palacio, fué a ver a su amo y le descubrió lo que habían tramado en contra suya.

—Agradezco tu lealtad—dijo nuestro héroe.—Yo arreglaré este asunto.

Aquella noche, a la hora acostumbrada, los reyes se fueron a descansar. Cuando la reina se imaginó que su esposo dormía, se levantó y abrió la puerta de la habitación, volviéndose luego a acostar.

Nuestro sastre que, como sabemos, estaba prevenido, fingiendo soñar como la noche anterior, dijo entonces en alta voz:

—¡Eh, muchacho! A ver si me haces ese chaleco y remiendas esas calzas. De lo contrario te calentaré las orejas con la vara de medir. Si maté a siete de un golpe, acuchillé a dos gigantes, apresé a un unicornio y encerré a un jabalí, ¿cómo voy a tener miedo de los que están en la puerta de mi cuarto?

Al oír estas palabras los hombres apostados fuera de la habitación, experimentaron tal terror, que sin encomendarse a Dios ni al diablo, echaron a correr y no pararon hasta hallarse a cinco leguas de distancia. Y aun entonces no se creyeron seguros.



Y SU MUJER LLEGÓ A QUERERLE FINALMENTE TANTO...

A partir de aquel momento, nadie osó en adelante intentar el menor daño contra nuestro héroe.

Y su mujer llegó a quererle finalmente tanto, que se olvidó de que había sido un sastrecillo.

Lo que resultó un verdadero mérito para una princesa de sangre real, como era ella.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



VIVA RIVER
Lola
Lila

VIVA

RIVER CHAMPION

MUERABCEG

50

LIBROS DE FÁBULAS



Con esta nueva serie EDI-
MOLINO lleva hasta los niños las
mejores enseñanzas morales que en
las fábulas de los consagrados maestros
de este género. Cada libro lleva un
libro de pluma por cada fábula y se
vierte a todo color.

Consecuentes con las normas estable-
cidas y que han hecho famosas nues-
tras publicaciones, presentamos esta co-
lección impresa en un cuerpo de letra
de lectura fácil y enriquecida por
la inclusión de destacados dibujos
realizados en trabajos de arte para el
público infantil. El éxito cada vez mayor
de ellas y por las películas de
animación, cuyos protagonistas
en todos los casos, diversos años
atrás, muestra que los grandes
maestros con el mejor sistema pre-
parado para las mentes infantiles.

PUBLICADOS:

FÁBULAS DE SAMANIEGO — La vida de los animales

EN PREPARACION

FÁBULAS DE ESOPO

FÁBULAS DE IRIARTE

FÁBULAS DE LA FONTAINE

ENCUADERNADOS EN TELA PRESENTACION

precio de compra al por mayor: \$ 2.00

URUGUAY 5

BUENOS AIRES



Gorostiaga 150

BARCELONA